

Maguemati Wabgou*

Pensar las Relaciones Internacionales desde la perspectiva del sistema-mundo

Thinking International Relations from the world-system perspective

Fecha de recepción: 30 de diciembre de 2011

Fecha de aprobación: 19 de enero de 2012

RESUMEN

El artículo busca responder a la siguiente pregunta ¿Qué tan pertinente es la teoría del Sistema-Mundo para el análisis de las Relaciones Internacionales? Así, busca entender las relaciones asimétricas que caracterizan las relaciones internacionales en la actualidad con el fin de repensarlas ante un mundo globalizado por medio del enfoque del sistema mundo. Por cierto esta perspectiva es concebida como una herramienta de aproximación al estudio de las estructuras sociales que emergen de las relaciones entre actores sociales diversos desde las esferas políticas, económicas y culturales, entre otras.

Palabras Claves: Teoría del sistema-mundo, Relaciones internacionales, Relaciones asimétricas de poder, Globalización.

ABSTRACT

The paper tries to respond to the following question: How pertinent is the System-World Theory for the analysis of the International Relations? Thus, search for understanding the asymmetric relations that characterize the international relations with the purpose of rethinking them before a globalised world through the world system approach. So, this perspective is conceived as a tool to study the social structures that emerge from the relations between diverse social actors from the political, economic and cultural spheres, etc.

Key words: World-System Theory, International Relations, Asymmetric Power Relations, Globalization.

*Profesor Asociado. Departamento de Ciencias Políticas. Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá. Integrante del Grupo de Estudios Afrocolombianos (GEACES). Responsable del grupo Migraciones y Desplazamientos –UNIJUS-. E-mail: mwabgou@unal.edu.co

INTRODUCCIÓN

Analizar las relaciones internacionales desde el enfoque del sistema-mundo implica aprehender las dinámicas de la economía-mundo en el marco del sistema internacional, teniendo en cuenta la reorganización del mundo en Centro, Semiperiferia y Periferia. Desde que se produjo el encuentro y el choque del mundo occidental globalizante con las culturas y civilizaciones del Sur, las hegemonías occidentales impulsaron la expansión de la economía capitalista europea del siglo XVI con el fin de integrar a las otras economías-mundo hasta constituirse en el actual sistema-mundo. Surge entonces la necesidad de entender las relaciones internacionales desde la perspectiva del moderno sistema-mundo basándose principalmente en la comprensión de las dinámicas de la economía-mundo capitalista, entendido como un sistema social global y/o total que también tiene sus fronteras, estructuras, integrantes, grupos, miembros, lógicas de legitimación y fuerzas conflictivas, de las cuales derivan el caos y el orden, la riqueza y la miseria.

El presente documento busca entender las relaciones asimétricas que caracterizan las relaciones internacionales en la actualidad con el fin de repensarlas ante un mundo globalizado; esta perspectiva se desarrolla como herramienta de medición y estudio de las estructuras sociales que emergen de las relaciones entre actores sociales diversos desde las esferas políticas, económicas y culturales, entre otras. En este contexto, examina la dimensión histórica de la globalización (I) antes de abordar las transformaciones ocurridas en el sistema-mundo (II), e indagar sobre la pertinencia de la perspectiva del sistema-mundo para el análisis de las Relaciones Internacionales con el fin de producir narrativas críticas en sintonía con nuestras localidades (III).

I. CARÁCTER HISTÓRICO DE LA GLOBALIZACIÓN

La perspectiva del sistema-mundo parte de la idea de la globalización que conlleva transformaciones a escala mundial: la globalización es un fenómeno cuyos inicios se remontan a la época de la exploración en África y la conquista de América: no es nada reciente. Entonces, es concebida

como un proceso impulsado por el sistema-mundo capitalista desde el siglo XV. A la par, el sistema-mundo nació en el seno de la economía-mundo europea, creada a finales del siglo XV e inicios del siglo XVI; entonces, sistema-mundo y economía-mundo son dos realidades intrínsecamente liadas. Además de ser un proceso de vieja data, la globalización se caracteriza por ser un fenómeno pluridimensional, pluridisciplinar, polisémico y complejo que afecta a la humanidad, conllevando transformaciones o efectos económicos, políticos y culturales, entre otros. En este sentido, afianzamos la concepción que Wiesenfeld tiene del concepto en la medida que “la globalización es un proceso concebido e interpretado de diferentes maneras, las cuales varían según quién, cómo y desde donde lo construye. Para sus gestores y adeptos se trata de un fenómeno universal, irreversible, cuya veracidad resulta incuestionable y que ha llegado para quedarse; mientras que sus adversarios cuestionan su universalidad, irreversibilidad y permanencia” (Wiesenfeld: 2005, 47).

Así mismo, es necesario describir la globalización como procesos de construcciones sociales, dinámicos e históricamente constituidos. Es aquí donde el carácter histórico de la globalización capta nuestra atención en la medida que, a partir del siglo XV, inicia la época de los contactos entre los pueblos (descubrimientos, seguidos de colonización) con carácter cada vez más sistematizado y universalizado: asistimos al descubrimiento de América y el asentamiento de europeos en el continente, igual que en África.

Tras el surgimiento y consolidación del capitalismo, se constituyen economías-mundo¹ y se amplía el mercado internacional (expansión de la actividad comercial). A su vez, se produjo el acercamiento “relativo” entre los pueblos (mayor interdependencia de los pueblos) en la medida en que se dio una desvinculación de los lugares de origen, tanto de los europeos comerciantes y esclavistas como de los demás pueblos (por ejemplo, los

¹Este concepto es intrínsecamente ligada a la noción de sistema-mundo moderno en la medida que esta última es una economía-mundo que es más grande que cualquier unidad política, definida jurídicamente. A lo largo de los siglos XVI y XVII, los europeos establecen una división geográfica y ocupacional del trabajo en la cual la intensiva producción del capital es reservada a los países del Centro, mientras que los países de la Periferia se reducen en meros proveedores de recursos naturales y mano de obra no calificada (Wallerstein:1979, 1979a, 1979b).

africanos traídos forzosamente a América como esclavizados y los indígenas); entonces, surge una nueva dimensión espacio-tiempo que intensifica la aparición de nuevos actores internacionales.

Como expresión concreta de esta dimensión, las revoluciones de Estados Unidos y Francia (principalmente, la revolución francesa) de finales del siglo XVIII marcan una etapa decisiva del internacionalismo liberal (los valores del liberalismo). Cabe mencionar que los derechos civiles y políticos consagrados en la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas tienen su origen en estos movimientos liberales de fines del siglo XVIII. Es más, la influencia que tuvieron estos valores en las luchas independentistas tanto en América Latina y el Caribe como en África y Asia se concretó en la revolución haitiana de 1791, las guerras de resistencias al colonialismo en Asia -guerra de Indochina: de 1953 a 1954 que culmina con la gloriosa victoria vietnamita tras la batalla de Dien Bien Phu- y en África -batalla de Argel, culminación de la guerra de independencia de Argelia (1954- 1962)- y, la descolonización del resto de países africanos a partir de la primera mitad de los 50s-. Igualmente, es importante mencionar la consolidación de movimientos de la sociedad civil internacional ya que se observa la organización Internacional Socialista y sus sucesivas manifestaciones y articulación con los movimientos sociales y partidos políticos socialistas en África, como producto de los movimientos sociales de los siglos XIX y XX.

En la misma línea, el internacionalismo del feminismo influye fuertemente los movimientos de mujeres que reivindican el reconocimiento de la igualdad y el pleno ejercicio de derechos de las mujeres: en Marruecos por ejemplo, existen la Asociación Democrática de las Mujeres Marroquíes (ADFM), Liga Democrática por los Derechos de las Mujeres en Marruecos (LDDF), etc. De igual manera, se observa el papel destacado por el internacionalismo ecologista o ambientalista desde la década de 1960 en la medida que se produce una paulatina incorporación de los principios de desarrollo sostenible en las agendas nacionales e internacionales -desde Estocolmo en 1972 hasta la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro en 1992 y, la sucesión posterior de convenciones ambientales globales-. Una ilustración de la

internacionalización del activismo a favor del medio ambiente es el caso de Wangari Maathai, nacional de Kenia, a quien otorgaron el Premio Nobel de Paz 2004 por su compromiso con el medio ambiente –iniciativas y acciones en contra de la deforestación en el país- mediante su ONG “Green Belt Movement”. Sus métodos tienen efectos en países africanos como Tanzania, Uganda, Malawi, Lesoto, Etiopía y Zimbabue.

Cabe mencionar el auge de los movimientos altermondialistas, alterglobalización o antiglobalización y su internacionalización como una fase importante de la globalización; lo que nos introduce a la idea de los nuevos actores de este fenómeno. Se trata de un movimiento heterogéneo formado por anticapitalistas, ecologistas, antimilitaristas, sindicatos, organizaciones no gubernamentales, etc. que promueve una globalización desde abajo. Sus antecedentes se encuentran, precisamente, en los movimientos y las redes que, a partir de los años 90, quieren dar un salto desde las políticas locales hacia la *coordinación global de las resistencias* contra el capitalismo neoliberal. Por ejemplo, de diciembre 2006 a enero 2007, se celebró el Encuentro Internacional para la Humanidad y contra el Neoliberalismo o Encuentro entre Pueblos Zapatistas y el Mundo, promovido por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y la Izquierda Europea: a esto, adhiere el Grupo Thomas Sankara desde Burkina Faso -África Occidental-. También, mencionamos las manifestaciones de Seattle en 1999, de Genes (Italia) en 2001, los Foros sociales mundiales -FSM- desde 2001 (Porto Alegre) hasta 2007 (Nairobi Kenia, 20-25 de enero -) pasando por Bamako (Malí, 2006) y Mumbai o Bombay (India, 2004), que son espacios y momentos privilegiados para movimientos sociales locales, regionales, nacionales, continentales y mundiales movilizados en torno a temas distintos (por ejemplo, contra la guerra en Irak, Palestina, etc.). Con la caída del muro de Berlín, inicia una nueva etapa de la globalización porque esto simboliza la caída del socialismo soviético, con lo que la bipolaridad deja de ser el eje ordenador de la vida internacional: se sincronizan las tendencias globalizantes. Además, con el 11 de septiembre 2001, se globaliza el mundo en torno a la seguridad nacional e internacional.

En suma, “los historiadores modernos reconocen etapas que se destacan en el proceso de globalización durante los últimos 130 años. La primera

fase de globalización, que abarca de 1870 a 1913, se caracterizó por una gran movilidad de los capitales y de la mano de obra, junto con un auge comercial basado en una dramática reducción de los costos de transporte, más que por el libre comercio. Después de la segunda guerra mundial se inicia una nueva etapa de integración global, en la que conviene distinguir dos fases absolutamente diferentes, cuyo punto de quiebre se produjo a comienzos de la década de 1970, como consecuencia de la desintegración del régimen de regulación macroeconómica establecido en 1944 en Bretton Woods, de la primera crisis petrolera, y de la creciente movilidad de capitales privados, que se intensificó a partir de los dos fenómenos anteriores y del fin de la <<edad de oro>> de crecimiento de los países industrializados. Si este último se define como el punto de quiebre, podemos hablar de una fase de globalización, que comprende de 1945 a 1973, y que se caracterizó por un gran esfuerzo por desarrollar instituciones internacionales de cooperación financiera y comercial, y por la notable expansión del comercio de manufacturas entre países desarrollados, pero también por la existencia de una gran variedad de modelos de organización económica y una limitada movilidad de capitales y de mano de obra. En el último cuarto del siglo XX se consolidó una tercera fase de globalización, cuyas principales características son la gradual generalización del libre comercio, la creciente presencia en el escenario mundial de empresas transnacionales que funcionan como sistemas de producción integrados, la expansión y la considerable movilidad de los capitales, y una notable tendencia a la homogeneización de los modelos de desarrollo, pero en la que también se observa la persistencia de restricciones al movimiento de mano de obra” (CEPAL: 2002, 18-19).

Todo ello conlleva a transformaciones políticas, sociales, culturales y económicas en los países de América Latina, África y Asia, donde la globalización neoliberal impone las leyes del mercado de manera universal produciendo una fragmentación de la población en distintos grupos cuya mayoría está impedida de participar en ese sistema económico. Éstos son los *excluidos* del sistema-mundo capitalista que se convierte en una “fabrica de riqueza y miseria” (Sarmiento Anzola: 2004); pues un grupo numeroso de las sociedades latinoamericanas, africanas y asiáticas quedan al margen de la producción promovida por las leyes del mercado. Es aquí donde se plantea la discusión en torno al paradigma del

mercado globalizante y universalizante que se establece como único criterio para medir todas las relaciones sociales, incluyendo las relaciones internacionales, en el marco de un orden económico-social, marcado por el subdesarrollo, el desempleo, la marginación y la exclusión como parte de los cambios generados tanto en el interior del sistema-mundo como por el mismo.

II. TRANSFORMACIONES EN EL SISTEMA-MUNDO

El análisis de las transformaciones en el moderno sistema-mundo se basa principalmente en la comprensión de las dinámicas de la economía-mundo capitalista, entendida como un sistema social global cuya capacidad se fundamenta en un modo de producción e intercambio que configura el mundo en un espacio-tiempo determinado. En este mismo orden de ideas, se concibe el sistema mundial como un organismo que tiene un tiempo de vida durante el cual padece transformaciones en algunos aspectos mientras que permanece estable en otros: “(...) posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación, y coherencia. Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desgarran en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo para su beneficio” (Wallerstein: 1979, 489). Entonces, según una lógica interna de funcionamiento, el sistema-mundo puede definir sus estructuras como fuertes o débiles en momentos diferentes.

En este sentido, es necesario examinar los procesos que determinaron las formas como la economía capitalista europea del siglo XVI logró expandirse e integrar a las otras economías-mundo hasta constituirse en el actual sistema-mundo con las consiguientes lógicas de Centro-Periferia. En efecto, entre 1733 y 1817, la economía mundo europea empezó a incorporar nuevas y amplias zonas en el sistema de división del trabajo, sobre todo el subcontinente *India*, *el imperio Otomano*, *el imperio Ruso* y *el África del Oeste*. Había que esperar hasta mediados del siglo XIX para que el sistema mundo moderno se vuelva geográficamente global y más adelante hasta la segunda mitad del siglo XX para que otras regiones del globo se entregaran: “en el curso de la renovada expansión económica (e inflación monetaria) del periodo 1733-1817 (aproximadamente), la

economía-mundo europea rompió los límites que había creado durante el siglo XVI y comenzó a incorporar vastas zonas nuevas a la división efectiva del trabajo” (Wallerstein: 1979b, 139).

Entre el siglo XVII y la primera mitad del siglo XIX, el subcontinente indio, el imperio otomano, el imperio ruso y África occidental han ido incorporándose al conjunto de procesos productivos de la economía-mundo capitalista. Y siguiendo la lógica de la división del trabajo, los procesos de producción padecieron grandes cambios de los cuales se destacan “(a) una nueva modalidad de relaciones de “exportación” e “importación”, (b) la creación de “empresas” (o entidades de decisión económica) económicas más grandes en las cuatro zonas, y (c) un incremento significativo en la coerción de la fuerza de trabajo” (Wallerstein: 1979b, 191). Sin duda, el ritmo de la expansión de la economía capitalista se aceleró en el mundo entero de tal modo que a finales del siglo XIX y principios del XX, aquellas zonas que nunca habían formado parte del área externa de la economía-mundo capitalista fueron arrastradas a su interior. Sin embargo, “la incorporación a la economía-mundo capitalista nunca se produjo a iniciativa de los que eran incorporados, este proceso se derivó más bien de la necesidad de la economía-mundo de expandir sus fronteras, una necesidad que era resultado de presiones internas de la economía-mundo. Además, procesos de gran alcance y escala como esta incorporación no son fenómenos abruptos, emergen del flujo de actividades continuas” (Wallerstein: 1979b, 179).

A su vez, asistimos a cambios en la estructura de dominio en el Centro² desde donde el poder pasa de un país a otro debido a los avances en la productividad, la fragilidad del monopolio y el éxito en las guerras: las épocas de liderazgo alternan con competencia y lucha en el Centro; prueba de ello es que los Países Bajos fueron el país hegemónico a mediados del siglo XVII, Reino Unido a mediados del siglo XIX y los EE.UU. a mediados del siglo XX; con la consolidación de EE.UU. como país hegemónico,

²Es que “ser el centro del sistema-mundo significa no sólo concentrar los más altos salarios del sistema, la innovación tecnológica de punta, las formas más sofisticadas de explotación del trabajo, los mayores niveles de riqueza y de ingresos relativos y absolutos o las mercancías más conspicuas del mundo, entre varias ventajas económicas, sino también ser la base de la existencia del Estado más fuerte y hegemónico a nivel mundial, junto a grandes desarrollos de la sociedad y a óptimas condiciones para la difusión de la propia cultura nacional” (Aguirre Rojas: 2003, 45).

entramos en el siglo XXI con el relativo y paulatino debilitamiento de sus fuerzas políticas y económicas; sin duda, con su militarismo derechista, la administración Bush ha precipitado el declive de la hegemonía norteamericana en el sistema interestatal –“una potencia hegemónica en declive en un sistema-mundo en crisis estructural”- (Wallerstein: 2009).

Estas evoluciones y transformaciones son las que describe Wallerstein en lo siguiente: “hacia la primera mitad del siglo XIX, había cuatro materias primas que dominaban las exportaciones, siendo responsable del 60% del total: índigo, seda en bruto, opio y algodón. Mientras que los dos primeros artículos se dirigían a Occidente, a Europa, en esta época, el algodón y el opio se destinaban principalmente a China. El algodón también era un cultivo producido desde hacía mucho tiempo en la India, fundamentalmente en Gujarat. Es preciso señalar que los principales socios comerciales de Rusia en este periodo no eran solamente Inglaterra (y, a finales del siglo XVIII, Francia), sino dos *zonas semiperiféricas*, que lograron fortalecerse mediante la incorporación de Rusia: Escocia y Estados Unidos. Por lo que se refiere a África Occidental, aquí como en todas partes, su incorporación a la economía-mundo capitalista no fue algo que buscaran los incorporados. Como señala Walter Rodney, <<históricamente, la iniciativa provino de Europa>>. Es frecuente afirmar que el paso del comercio de esclavos al denominado comercio legítimo es lo que produjo esta incorporación, pero eso no es correcto. El impulso inicial tuvo su origen en la expansión del propio comercio de esclavos, con la cual la captura de los esclavos, traspasó la barrera de proporcionar una exportación de lujos de <<plusvalías>> recolectadas para convertirse en una empresa auténticamente productiva que se incorporó a la división del trabajo vigente en la economía-mundo capitalista” (Wallerstein: 1979b, 194-210).

En el siglo XX, asistimos al auge del sistema mundo porque alcanzó a todas las partes del mundo (o por lo menos, la mayoría). Sin embargo, surgen ideologías y actores de resistencia anti-sistema (por ejemplo el Socialismo en los dos últimos siglos –XIX y XX-) que obligan a los Estados de distribuir las riquezas y apoyar la formación de los Estados que se enfrenten la economía mundo capitalista (por ejemplo, Estado de bienestar). Los movimientos antiglobalización (o “movimientos antisistémicos”)

intentan frenar la ofensiva capitalista que se sostiene gracias al sistema-mundo y su correlato economía mundo³. Además, surgen nuevos Estados independientes que van a competir con los Estados del Centro: “la incorporación a la economía-mundo supone necesariamente la inserción de estructuras políticas en el sistema interestatal. Esto significa que los <<estados>> ya existentes en estas zonas o se transforman en <<estados dentro del sistema interestatal>> o bien son sustituidos por nuevas estructuras políticas que adoptan esta forma, o son absorbidos por otros estados que ya se encuentran dentro del sistema interestatal” (Wallerstein: 1979b, 239).

Además, durante estos procesos, son muchos los bienes que se convirtieron en mercancías del mercado y la fuerza de trabajo en salario. Asimismo, entramos en la “etapa de la transición” o el “periodo de transición” ya que esta transición conlleva nuevas crisis de contradicciones en los mercados (de explotación), el bajón económico va a estimular la competencia en el Centro. Es decir que, en ausencia de un fuerte poder hegemónico y de una ideología globalmente aceptada, se refuerza la competencia para el poder de dominio: se produce la polarización que va a conducir el sistema a la destrucción. Esta transición “caótica” puede llevar a un mundo más igual y democrático ya que evoca la posibilidad del fin de la globalización capitalista; sin duda, conlleva transformaciones históricas que desembocará en el colapso de la economía mundo capitalista. Se trata de una transición histórica que nos introduce a la incertidumbre e inestabilidad pasando por distintas etapas de recesión y estagnación: vivimos tiempos de crisis caótica del sistema porque “las limitaciones estructurales al infinito proceso de acumulación del capital que gobierne nuestro mundo actual [...] están apareciendo cada vez más como freno en el funcionamiento del sistema [...] Están creando una situación estructuralmente caótica [...] un nuevo mundo emergerá de este caos [...]” (Wallerstein: 1998, 89-90)⁴. De todos modos, el autor (Wallerstein: 2009) considera que “lo excepcional es la *transición* que desde hace 30 años venimos viviendo, desde el sistema-mundo capitalista hacia otra formación socio-histórica. A mi juicio podemos estar seguros de

³Es sostenida por el liberalismo como ideología que defiende la igualdad de derechos individuales a nivel político y económico.

⁴Traducción propia.

que en 30 años no viviremos en el sistema-mundo capitalista. En ese sentido, con la crisis coyuntural del capitalismo, converge una crisis estructural, un declive histórico del sistema- mundo. En eso se distingue esta fase de recesión económica mundial de otras anteriores: el nuevo sistema social que salga de esta crisis será sustancialmente diferente. *Si evolucionará en un sentido democrático e igualitario o reaccionario y violento es una cuestión política y por tanto abierta*: depende del resultado del conflicto entre lo que llamo <<el espíritu de Davos>> y <<el espíritu de Porto Alegre>>. En otras palabras, de la inteligencia y el éxito político de los movimientos antisistémicos”. Esta visión sobre el estado actual del sistema-mundo nos lleva a interrogarnos acerca de la pertinencia de la perspectiva del sistema-mundo para examinar las relaciones internacionales.

III. ¿QUÉ TAN PERTINENTE ES EL ENFOQUE DEL SISTEMA-MUNDO PARA EL ANÁLISIS DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES?

A lo largo de los siglos XVI y XVII, los europeos establecen una división geográfica y ocupacional del trabajo en la cual la intensiva producción del capital es reservada a los países del centro mientras los países de la periferia se reducen en meros proveedores de recursos naturales y mano de obra no calificada. La fuerza de la superioridad militar y de los medios de comunicación (sobre todo de navegación) permitió a Europa establecer relaciones contra regiones del mundo que proveen la acumulación de bienes al Centro (Europa); esto implica la puesta en marcha de relaciones internacionales en el marco del establecimiento de acuerdos comerciales porque *el sistema-mundo moderno es una economía mundo*: es que los tejidos básicos entre las partes de integrantes del sistema-mundo moderno son de carácter esencialmente económico.

Entendido el imperialismo como “fase superior del capitalismo” y con el afán de dominar al mundo, Europa practicó la esclavización y la colonización de las cuales deriva el establecimiento de *las relaciones desiguales entre Europa (Centro) y la no-Europa (Periferia) que van a fortalecer unas relaciones (internacionales) desiguales en un mundo*

global: se tratan de relaciones internacionales asimétricas. Así las cosas, el sistema mundo presenta un escenario donde la globalización promueve no sólo una reorganización del mundo bipolar -Centro/Periferia- sino también un replanteamiento de esta visión moderna del mundo: entonces, la teoría del sistema-mundo propone el concepto de “semiperiferia” que se refiere al conjunto de regiones ubicadas entre el Centro y la Periferia⁵. Son regiones o países de estas regiones que, en el marco de las relaciones internacionales, sirven como moderadores con el fin de minimizar los efectos negativos de las desigualdades entre el Centro y la Periferia. Se refieren a países que se están convirtiendo en Estados-Centro en la medida que encabezan el proceso de transición del sistema de formaciones sociales o economía internacional hacia el sistema global: “existe también áreas semiperiféricas que están entre el centro y la periferia en una serie de dimensiones, tales como la complejidad de las actividades económicas, la fuerza del aparato de Estado, la integridad cultural, etc. (...) Algunas de estas áreas eran áreas centrales en versiones anteriores de una cierta economía-mundo. Otras eran áreas periféricas, promocionadas más adelante, por así decirlo, como resultado de la geopolítica cambiante de una economía-mundo en expansión. La semiperiferia, no obstante, no es un artificio de puntos de corte estadísticos, ni tampoco una categoría residual. La semiperiferia es un elemento estructural necesario en una economía-mundo. Estas áreas juegan un papel paralelo al representado, mutatis mutandis, por los grupos comerciantes intermedios en un imperio. Son puntos de recopilación de cualificaciones vitales, a menudo políticamente impopulares. Estas áreas intermedias (como los grupos intermedios en un imperio) desvían parcialmente las presiones políticas que los grupos localizados primariamente en las áreas periféricas podrían en otro caso dirigir contra los Estados del centro y los grupos que operan en el seno y a través de sus aparatos de Estado. Por otra parte, los intereses localizados primariamente en la semiperiferia se hallan en el exterior de la arena política de los Estados del centro, y encuentran difícil perseguir sus fines a través de coaliciones políticas que podrían estar abiertas para ellos si estuvieran en la misma arena política” (Wallerstein: 1979, 492-493).

⁵Una lectura comparada de los enfoques teóricos en el estudio de las Relaciones Internacionales nos permite señalar que esta idea contrasta con uno de los pensamientos centrales al enfoque de la dependencia que se centra principalmente en la evidencia de las relaciones entre países desarrollados (Centro) y subdesarrollados (Periferia); entre la Metrópoli y la Colonia.

En el contexto de estas relaciones internacionales, se destaca el papel de los Estados que ayudan a que se mantengan una estructura jerárquica de las mismas; jerarquía que rige una dinámica en la cual los beneficios son dirigidos a los productores del Centro y se protege la economía capitalista en su totalidad (por ejemplo, la defensa de los derechos de propiedad y la protección de rumbos comerciales). Al respecto, Wallerstein precisa que “un elemento constante en una economía-mundo capitalista es la división del trabajo jerárquica (y especialmente distribuida). Sin embargo, un segundo elemento constante es la variable localización de la actividad económica y, por consiguiente, de las zonas geográficas concretas en el sistema mundial. Desde el punto de vista de los aparatos de Estados, los aparatos regulares, pero no continuas, de la fuerza económica relativa de las localidades, regiones y Estados, pueden ser consideradas (y de hecho lo son muy a menudo) como un especie de <<movilidad>> ascendente o descendente del Estado como entidad, movimiento que se mide en relación con los demás Estados dentro del marco del sistema interestatal [...] Las alteraciones de estatus se producen sobre todo en momentos de recesión o estancamiento global, y para las áreas que se encuentran *en el medio del continuo jerárquico*, la semiperiferia, el movimiento es primordialmente un efecto de la acción estatal. Los Estados semiperiféricos son normalmente los que descienden y ascienden”. (Wallerstein: 1979a, 247)

Se trata de una economía mundo donde los Estados deben competir para evitar que un solo Estado domine el sistema-mundo. En definitiva, estamos presenciando la consolidación de un mundo, concebido como un conjunto global, que está dedicado a la acumulación continua y a la búsqueda e incremento de beneficios con base en intercambios mercantiles⁶ (en el mercado) que tratan tanto la mano de obra como los bienes como mercancías: aquí *las relaciones internacionales dan mucha relevancia a los intercambios comerciales* ya que “hemos sostenido que la incorporación a la economía-mundo requiere estados que no sean demasiado fuertes ni demasiado débiles, estados que puedan responder a las <<reglas de juego>> del sistema interestatal [...] Hemos insistido en

⁶Es lo que explica el hecho de que Europa, en su afán de obtener ventajas unos sobre otros en el contexto de un sistema de explotación, ha dibujado el mundo con una característica esencialmente capitalista.

que no hay múltiples estados capitalistas, sino un solo sistema mundial capitalista, y que para formar parte de él es preciso estar mínimamente integrado en sus redes de producción o cadenas de comercialización, y situado en Estados que participen en el sistema interestatal que constituye la superestructura política de esta economía-mundo capitalista. La incorporación se define, por consiguiente, como el periodo preciso en el que se produce tal integración” (Wallerstein: 1979b, 265).

En este sentido, no es posible pensar en un desarrollo centrado solamente en el Estado-nación y aislado del sistema-mundo porque “ese proceso de globalización del sistema-mundo centrado en Europa *no* ha seguido una sola vía de desarrollo en la que los Estados hegemónicos ascendían y caían. Por el contrario, las expansiones a escala de todo el sistema, bajo el liderazgo de cada Estado hegemónico, culminaban en una crisis y colapso del sistema. La expansión no se reanudaba hasta que un nuevo Estado hegemónico abría una nueva vía de desarrollo, reorganizado el sistema a fin de resolver los problemas y contradicciones hallados en la senda abierta por su predecesor. La globalización del moderno sistema-mundo se ha producido pues mediante una serie de ruptura en los modelos establecidos de gobierno, acumulación y cohesión social en el curso de las cuales el orden hegemónico establecido entraba en decadencia, mientras que en sus intersticios emergía un nuevo orden que con el tiempo se convertía en hegemónico” (Arrighi & Beverly: 2000a, 275). En este orden de ideas, se evidencia la posibilidad de pensar las relaciones internacionales en el marco del sistema internacional actual basándose en la aproximación teórica del sistema-mundo.

Consideraciones finales. Como se ha ido demostrando, el enfoque del sistema-mundo aporta un modelo interpretativo del sistema internacional donde se establece la división duradera del mundo en núcleo, semiperiferia y periferia⁷. Esta perspectiva teórica está basada

⁷Sin embargo, Wallerstein rechaza la idea convencional de “Tercer mundo” porque el intercambio económico crea una red compleja de relaciones. La perspectiva teórica que defiende este autor afianza la idea según la cual entre los siglos XVI y XVIII, el sistema-mundo favoreció la consolidación de Europa del Norte en el Centro y Europa del Este y el Hemisferio Occidental (y partes de Asia) en la Periferia. A finales del siglo XX, el Centro envolvió a los países industrializados y ricos del mundo, incluyendo a Japón; la Semiperiferia engloba a los países independientes localizados fuera del Oeste; y la Periferia abarca los países pobres y “recientemente” independientes (ex-colonias de África, Asia y América del Sur).

tanto en el marxismo como en las teorías acerca de la economía mundial de Fernand Braudel y en el punto ideológico de la teoría de la Dependencia.

Ayer, las teorías de las Relaciones Internacionales centraban su interés en la política exterior de los Estados nacionales, o sea, en el nivel subsistémico. Hoy, la intensificación de las interacciones de todo tipo y la magnitud de los riesgos e incertidumbres involucrados en éstas de cara al futuro del mundo, han orientado los trabajos investigativos hacia el nivel sistémico de la vida internacional global, sin descuidar los casos particulares y el rigor científico de su análisis. En este contexto reinante, la perspectiva del sistema mundo, conocida como una de las teorías de la globalización que sirve para aprehender las dinámicas de las relaciones internacionales en el contexto de la globalización actual. Es de aclarar que aunque el sistema mundo consiste en una sola división del trabajo en el marco del mercado-mundo, contiene Estados y Culturas; este trabajo se divide funcional y geográficamente entre distintos partes/actores en el marco de *una lógica jerárquica*.

En consecuencia, los Estados del Centro se concentran en una intensiva producción del capital y una muy alta competencia: son militarmente fuertes, se apropian de buena parte de los beneficios de la economía-mundo, son independientes, están al servicio de las clases económicamente más poderosas del mundo y ayudan a que los Estados de la Periferia se mantengan en la Dependencia. A su vez, *los Estados de la Periferia tienden a ser Estados dependientes y débiles o fallidos cuya economía se centra en la producción de materias primas de extracción, producción intensiva de fuerzas de trabajo en general y de mano de obra de baja, poca o sin calificación*. Por su parte, los Estados de la Semiperiferia se caracterizan por ser menos dependientes del Centro y más fuertes, comparados con los periféricos; poseen mayor diversidad económica: asimismo, se convierten en un “elemento estructural necesario” en el *sistema internacional* porque “desahogan parcialmente las presiones políticas” o las tensiones políticas existentes entre el Centro y la Periferia.

Pues la perspectiva del sistema-mundo aplicada a las relaciones internacionales es intrínsecamente histórica y posee tres ejes articuladores principales: en primer lugar, se refiere a un sistema

económico integrado a nivel mundial de naturaleza polarizadora con una lógica de cadenas de mercancías con carácter centrípeta. En segundo lugar, evoca un sistema político basado en Estados soberanos independientes jurídicamente pero vinculados a través de un sistema interestatal que reconoce las diferencias. Y por último reconoce un sistema cultural, conocido como geocultura, que es capaz de dar coherencia y legitimidad; por lo tanto, es necesario que en futuras investigaciones, analicemos las relaciones internacionales desde los enfoques de la política-mundo y de la cultura-mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre Rojas, Carlos Antonio. Immanuel Wallerstein: crítica del sistema-mundo capitalista, México, Ed. Era, 2003, p. 376.

Arrighi, Giovanni & Silver, Beverly J. Introducción, en Arrighi, Giovanni, Silver, Beverly J. & Ahmad, Iftikhar, et al. (ed.), Caos y orden en el sistema-mundo moderno, Minnesota, Akal, 2000, pp. 9-43.

Arrighi, Giovanni & Silver, Beverly J. Conclusión, en Arrighi, Giovanni, Silver, Beverly J. & Ahmad, Iftikhar, Caos y orden en el sistema-mundo moderno, Minnesota, Akal, 2000a, pp. 275-292.

CEPAL. Globalización y Desarrollo. Santiago de Chile, CEPAL. 2002, pp. 16-27

Sarmiento Anzola, Libardo. Sistema mundo capitalista. Fábrica de riqueza y miseria. Bogotá, Desde Abajo, 2004, p 223.

Wallerstein, Immanuel Maurice. “El sistema que salga de la crisis será muy diferente”, en Diagonal, [Revista electrónica], No. 96, Madrid, Diagonal, febrero, 2009. Disponible en <http://www.diagonalperiodico.net/El-sistema-que-salga-de-la-crisis.html> Consulta en noviembre de 201.

Wallerstein, Immanuel Maurice. Utopistics: Or, Historical Choices of the Twenty-First Century. New York, The New Press, 1998, p. 93.

Wallerstein, Immanuel Maurice. El moderno sistema mundial. Vol.1 La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI. México, Siglo Veintiuno, 1979, p. 592.

Wallerstein, Immanuel Maurice. El moderno sistema mundial. Vol.2 El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750. México, Siglo Veintiuno, 1979a, p. 536.

Wallerstein, Immanuel Maurice. El moderno sistema mundial. Vol.3 La

segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850. México, Siglo Veintiuno, 1979b, p. 528.

Wiesenfeld, Esther. “El rescate de las comunidades en el marco de la Globalización”, *Athenea Digital*, No. 9, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, (primavera), 2006, pp. 46-57.